

Para el misionero P. Arnaldo Rocha Ferreira.
Kalándula. Malange. Angola. AFRICA

De la comunidad cristiana de Torrejón. Salamanca. España Europa.

Al padre Arnaldo Rocha, misionero del Espíritu Santo, la gracia y la paz de Jesús, el Señor, el Hijo amado del Padre, único Hermano mayor nuestro.

Somos una pequeña comunidad cristiana, en el pueblo de Torrejón, provincia de Salamanca, en España. El Señor nos ha abierto camino para llegar hasta aquellas comunidades, en torno a Kalándula, en la diócesis de Malange, de Angola, en África. ¿Cómo habrá sido posible este milagro de su gracia?

Misterio.

Es sencillo de explicar. En el domingo, día del Señor, nos reunimos en esta iglesia cuya peregrina en Salamanca, por Torrejón, nuestra pequeña aldea. Él preside la Mesa para celebrar su cena, memorial de su pascua. Él nos parte el pan de su palabra y de su cuerpo y así reúne en torno a esta pequeña mesa a toda su iglesia, una, santa, católica y apostólica. Está Él, reuniendo a su Iglesia, para su reino, para su camino. Él nos encuentra, nos entreaña en sus mismas entrañas, nos envía a su misma misión, nos alienta en su mismo Aliento. Amanece su aurora incontenible.

Entonces, en esta pequeña tienda, encendida del Espíritu Santo, nos vemos en el cenáculo de la Iglesia entera. Esta eucaristía es la eucaristía de toda la iglesia, de todo el universo, de todos los siglos. Nos parece en verdad un comienzo, de la "estación del orbe", como la cena en Emaús dio paso a la mesa grande del cenáculo con los "doce". Y sentimos que aquella Iglesia del Señor en Malange, que peregrina desde Kalándula a Sautare, se sientan en esta misma mesa y nosotros en aquella suya. Y así, todos aquellos hermanos, y sobre todo los más pequeños, son comensales de esta mesa eucarística, ensanchad hasta los confines del orbe. Un cuerpo y un Espíritu, un corro y un camino, una vocación y una esperanza.

En esta mesa de la Pascua del Señor, él realiza la fiesta del "admirable intercambio", que se hace fiesta del "cambio de puestos". El cáliz de bendición que bendecimos es la comunión en la sangre de Cristo, y el pan que partimos es la comunión en su Cuerpo. Por eso todos somos un cuerpo, porque partimos el único pan. El Señor, se abaja a lavar los pies y se levanta a partir el pan. Y así a la cabecera de la mesa vemos junto a él a sus apóstoles, en los que se hace presente como cabeza, inseparablemente unido a los últimos de los pobres, en los que se representa como Juez del último Día. Pero el encuentro, que se hizo comunión se nos convierte en misión. ¡Id! "al mundo entero, a todos los pueblos, a toda la creación, hasta los confines de la tierra". "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". De la mesa eucarística, hacia la mesa del reino donde pasas a los últimos junto a él, al primer lugar, para servir a todos a la mesa. ¡Es el "día de la Gracia"! Los pobres son evangelizados, reciben el evangelio y lo dan, en la brecha anticipada del reino. Él a la cabecera del camino, llevando de la mano a sus apóstoles, y a sus pequeños. Pues por la senda de los últimos de los pobres, se abre camino hacia la casa del Padre, y en esta senda se volverá para hacernos el juicio de Amor a la caída de la tarde.

Encuentro.

El Señor lleva a los más pequeños en el fondo de su corazón. Allí lleva a África, y sobre todo al África profunda. Es el quien nos ha pasado este latido íntimo de sus entrañas. Ya de mucho tiempo vivíamos de cerca el camino de su iglesia en Angola y en Malanje, pero al llegar hasta

nosotros Adão, Malange se nos hizo regalo íntimo y encargo vivo del Señor. Él nos condujo hasta el corazón de aquella iglesia, a su obispo tan amado para nosotros, a toda la fraternidad de sacerdotes, laicos y consagrados que comparten con él la misión y hasta nos abrió las puertas del cenáculo del Seminario. Algunos de nuestros hermanos intentan responder a esta sugerencia del Señor, en el corazón de aquella iglesia suya. Pero nuestra pequeña comunidad cristiana, también situada en los márgenes, recibió la sugerencia de compartir el camino de los confines de aquella iglesia. Más abajo, más abajo, nos decía al oído. Y descubrimos la situación de la guerra, la mayor parte de las misiones cerradas, los catequistas, admirables discípulos, que atraviesan los muros y que se acogen a la tienda de campaña de Kalándula, que tiene la mesa puesta, la luz prendida y la puerta abierta. Acudimos a los Misioneros del Espíritu Santo en España y nos abrieron las manos de par en par. En cercanía entrañable nos pasaron los documentos de la “aventura espirituana” y descubrimos el gesto del amor del Señor, derramado por su Espíritu, para evangelizar en los confines, haciéndose negros con los negros, hasta llegar a ser “no más que traperos en la iglesia”. El puñado de manos de la misión de Kalándula podía ser el sencillo camino, para este humilde intercambio de dones, que el Señor realiza en nosotros.

Comunión.

Cuando nos asomamos a aquella tierra y a aquella iglesia y a aquellos hermanos, vivamente amados por nosotros “en las entrañas de Cristo”, sentimos que todo lo nuestro es suyo y lo suyo es nuestro. Por Él y con Él y en Él y desde Él, sentimos realmente que somos y vivimos unos en otros, unos con otros, unos por otros, unos desde otros. En la unidad del mismo y único Espíritu. Aquellos hermanos nos aventajan. Están más dentro en las entrañas del Señor, le siguen más de cerca en el camino. Más aún, nosotros mismos nos sentimos culpables de aquellas cadenas, que les oprimen y aquel muro que les enfrenta. Tenemos las manos manchadas en sangre, y sentimos hondamente el reguero de aquella sangre inocente derramada. Les falta el pan, la vivienda, la escuela y las medicinas. Les falta, sobre todo, la paz en la tierra y les puede amenazar el odio, que nace “dentro” y levanta el muro “fuera” y retorna destrozando la vida de todos. Por eso el Señor nos sugirió que pasáramos de nuestra mesa a la suya su evangelio, que es la gracia, la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo. “¡Él es nuestra paz!”. Él derribó el muro que nos separaba del Padre y derriba el muro que nos separa entre nosotros y derribará el muro que mantiene la guerra, para convertir el universo en mesa común, donde se sequen todas las lágrimas, en el hogar del Padre.

Pero cuando pensábamos pasar el evangelio, de mesa a mesa, descubrimos que nos aventajaban ellos. Nosotros teníamos la “palabra” del Evangelio, pero ellos tenían la “voz” del evangelio. Su pobreza bienaventurada, el corro de hermanos que comparte, el camino del servicio atravesando la noche, la espera contra toda esperanza. Estos gestos de aquel “resto” que pregona el evangelio en las aldeas, es para nosotros “voz viva del evangelio”. A nosotros nos amenaza el “basurero”, el afán de tener, el individualismo endurecido, la dispersión, el bienestar, el paso a los ídolos del consumo, el alejamiento de las huellas del Señor. Tenemos la “palabra del evangelio”, para el admirable intercambio con “la voz del evangelio”. ¡Qué gracia tan grande nos ofrece el Señor! “¡Levantaremos la copa de la salvación invocando su nombre! ¡Cantemos al Señor. Sublime es su victoria!”.

Camino.

A lo largo de tres años hemos recogido en la mesa eucarística una sencilla colecta, que reflejara el gesto de los primeros hermanos. Deseábamos dar algo de lo que teníamos para vivir, reducir necesidades para acercarnos a aquella pobreza. Hasta sentíamos a veces la pregunta ¿Tendríamos que marcharnos allí? ¿No sería mejor dar la vida que los bienes? Y sin embargo, nos parece, que lo más de todo, es entregar el evangelio del Señor, vida de todos, toda la gracia, toda la redención, toda la reconciliación, toda la salvación, la “nueva creación”. Sólo el Señor

nos cura las heridas del odio y la envidia, solo Él nos hermana, solo Él nos allega a los pobres, solo Él nos arrastra al camino de la justicia de su Reino, solo Él hace el milagro de que podamos compartir su muerte gloriosa en comunión ilimitada de destino, en alabanza a la gloria de su gracia. ¿Cómo podríamos pasar este sencillo trozo de pan a la mesa de las comunidades más abandonadas del sur de Malange? ¿Cómo pasar estas palabras a manos de aquellos “catequistas”, que son para nosotros testimonio vivo y presencia alentadora del Señor? ¡Cuánto les agradeceríamos una sencilla respuesta! La virgen les dijo a todos en Caná de Galilea “haced lo que él os diga”. Ecce. Fiat. Maganificat.

Abrazo de paz y gozo en el Señor.
Comunidad cristiana de Torrejón. Salamanca.

La carta para el misionero P. Arnaldo, nos la remitió el 14 de noviembre de 2004 con esta nota:

A Tomás y José Vicente, mis hermanos, la gracia y la paz de Jesús, el Señor, el Hijo amado del Padre, Único Hermano mayor de todos.

Doy gracias al Señor, porque os ha fortalecido para acoger con sencilla disponibilidad el servicio que os regala en el corazón de su Iglesia. De su mano, no solo podremos dejar la bolsa y el bastón, sino hasta descalzarnos las sandalias. Él, nuestra única suficiencia, Él nuestra entera bienaventuranza. Sólo Él, sólo su Reino, sólo su Iglesia, sólo su camino, sólo su venida. Como tantas veces proclamábamos, “¡sólo su Amor, sólo su Cruz, sólo su Fuego!”. Entonces podemos avanzar al último de los últimos lugares, para que aparezca Él y Él se a todo para todos.

Pablo decía que amaba a los hermanos en “las entrañas de Cristo” y por ello, los hermanos eran “entrañas suyas”. En el aliento y en el latido de su “corazón”. Pero a medida que nos pasamos a sus manos, pasaremos a vivir en Él, por Él y “desde” Él. Y Él realizará el milagro de su fraternidad, en la que pasemos a vivir en los hermanos, pro ellos y “desde” ellos. Ninguna forma de apropiación, sino el deseo humilde y vivo de que Él crezca y nosotros mengüemos. ¡Este es nuestro gozo cumplido! ¡Es el Señor! El hermano más pequeño, lo señaló, lo dejó pasar y desapareció.

Los hermanos que él nos da, nos los da para siempre. Por esta pequeña “tienda” es vuestra. La puerta siempre abierta y el corazón más. Sabiendo que cada día, en amor callado, en íntima cercanía, por él y desde Él, caminamos juntos por caminos diversos, proclamando su Victoria pascual, su Gracia sobre gracia, su Paz y gozo.

Marcelino.